

las más vivas demostraciones de alegría; lo que juntó una muchedumbre de gentes, y llenó de confusión á los hereges. San Julian curó otros muchos enfermos, y del modo más estupendo á un hombre distinguido, nombrado como él Julian, cuya salud estaba ya sin esperanza de remedio: maravillas que Teodoreto nos ha transmitido circunstanciadamente, apoyadas en el testimonio inmediato de testigos oculares (1).

98. El resentimiento de los Arrianos se extendió al Obispo de Edesa llamado Barsas, que fue desterrado primero á Fenicia, después á Ojirínco en Egipto, y por último á las estremidades ocultas de la Tebaida. Quisieron poner otro Obispo en su lugar; pero el pueblo de Edesa nunca quiso reconocerle. Se entregaron á los Arrianos todas las Iglesias, como se hizo en Antioquía, y los ortodoxos se juntaban de la misma manera en campo raso. El Emperador irritado de su constancia, dió la orden al Prefecto Modesto que los acometiese con las tropas la primera vez que se reuniesen, sin perdonar edad ni sexo alguno. Después que se hizo amigo de San Basilio, como favorecía á los Católicos, les notició en secreto el Prefecto el mandato que tenia: pero quedó pasmado cuando los vió correr á todos al lugar de la junta para no perder el martirio (2). Se admiró sobre manera del valor de una infeliz muger, que mostrando la misma alegría que si viera los cielos abiertos, llevaba asido de la mano un tierno niño, y con la otra

(1) *Theodoreti. lib. 4. hist. cap. 15.* (2) *Idem ibid. cap. 16.*

separaba la multitud para llegar á hora de recibir con el niño la corona del martirio.

Volvióse Modesto á decir á Valente, que era preciso dejar en paz á los Católicos, ó determinarse á degollarlos á todos. Los congregó el Prefecto algunos dias después, y les representó con dulzura el riesgo de su resistencia. „¿Y qué os cuesta obedecer, les dijo? No se trata más que de comunicar con el Emperador. ¿Pues qué el Emperador se ha hecho Obispo, contestó un Sacerdote llamado Eulogio? No, respondió pacíficamente el Prefecto: pero os exhorto por vuestro bien, que comuniquéis con los Obispos de su comunión.“ Todos contestaron con gritos y demostraciones de horror. Hubo muchos de estos generosos ortodoxos confinados hasta Antínoo en la Tebaida; y entre otros este mismo Eulogio y Protógenes, que en su destierro convirtieron un sin número de idólatras.

99. Se extendió la persecucion desde la Siria á Egipto: pero solo después de la muerte de San Atanasio, sucedida en el curso de este mismo año de 373. Después de cuarenta y seis años de Obispado pasados en un continuo sobresalto, murió últimamente con tranquilidad en los brazos de su pueblo. La historia eclesiástica de sus dias, que por decirlo así, no es otra cosa que su historia personal, muestra ampliamente el carácter y el mérito de este hombre de la derecha del Altísimo. Respecto á sus escritos, Focio, el mejor crítico de los escritores de su lengua, halla en ellos con una dición pura, fácil y abundante,

una fuerza y finura inimitables. Todo cuanto dice, lo presenta con la claridad mas grande; su lógica es la mas segura, y al propio tiempo susceptible de expresiones nobles, y de los adornos de la mas elevada elocuencia: pero su mayor arte consiste en ocultar el arte mismo; y nada parece tan sencillo y natural como sus rasgos mas victoriosos. De tal modo se insinúa en los ánimos, que hace desaparecer su persona: no es el autor, sino la razon misma la que domina al lector, y este se halla persuadido sin notar que se le queria persuadir. Fue por último Atanasio doctor y orador de una sabiduría extrema, de un gusto exquisito, de una exactitud única en la expresion, y proporciona debidamente en todas partes las frases de su discurso á la materia que trata, y á las personas que le escuchan.

100. Se le rogó antes que espirase, que eligiese su sucesor: lo que creyó debia hacer en unos tiempos tan difíciles, sin que temiese agravar la cuenta que iba á dar al Juez Supremo. De esta manera nombró á Pedro, compañero fiel de sus viages y de sus trabajos é infortunios, á quien su madura edad y experiencia, su talento y virtudes eminentes hacian á propósito para esta elevada y peligrosa dignidad. Mostraron unánimemente su alegría con vivas aclamaciones el clero y todas las clases de los ciudadanos, el pueblo, la magistratura y la nobleza. Los solitarios abandonaron sus soledades para tener parte en el regocijo comun, y los Obispos cercanos habiendo acudido en número inmanso á la Iglesia Patriarcal, or-

denaron al nuevo Patriarca, que escribió al instante al Sumo Pontífice y á los Prelados principales de las diferentes regiones.

101. Mas habiendo despertado la muerte de Atanasio las esperanzas de los Arrianos de Egipto, escribieron sin pérdida de tiempo á la corte que se hallaba aun en Antioquía. Mucho antes habian ordenado á Lucio para la Silla de Alejandría. Euzoyo, Obispo Arriano de Antioquía y merecedor de tal comision, creyó que interesaba á la secta ir él á poner en posesion á este colega herege; empresa que aprobó Valente, y para cuya egecucion envió tropas. La primera diligencia fue echar á Pedro, y entonces se renovaron con una especie particular de escándalo y de impiedad las horribles escenas que tantas veces habian demolido aquella ilustre y desgraciada Iglesia. Subian desnudos unos farsantes infames á la cátedra santificada con los documentos divinos de Atanasio; con la misma prostitucion se presentaban en el altar sagrado, haciendo y diciendo lo que el pudor y honor no puede recordar sin llantos y suspiros. Parecia que los arrianos y los idólatras tenian un mismo culto, así como no tenian mas que un interés. Luego que llegó Lucio y entró en la Iglesia, recibió los aplausos de los idólatras, que clamaron en público: *¡seais bien venido, Obispo, que no reconocéis al Hijo! El gran Serapis que os conduce, os llene de sus favores.*

Conservaron los Católicos su afecto y amor al Obispo Pedro, y haciéndose sordos á las amenazas y

á las promesas, fue necesario venir á la violencia. Los azotes y las correas de alambre fueron los instrumentos crueles con que martirizaron á los inocentes: la mayor parte de ellos fueron conducidos á los calabozos, y otros muchos embarcados para el desierto. No pocos padecieron muerte, y lo mas sensible y doloroso era, que despues de tantas crueldades se miraba como un crimen digno de los mismos tormentos el verter solamente algunas lágrimas de compasion. Padecieron las mismas violencias las Iglesias contiguas; y algunos Prelados que en tiempo de Constantino y Juliano habian confesado á Jesucristo, experimentaron los mas rigurosos tratamientos; pero la mayor severidad se egercia siempre contra los que trabajaban mas eficazmente en mantener la verdadera fe en los pueblos.

102. Isidoro, compañero de Atanasio en su glorioso viage de Roma, y los dos Macarios, el de Alejandria y el de Egipto, fueron transportados y abandonados en una Isla inculta, donde no se habia predicado el Evangelio (1). A su arribo la hija de un sacrificador poseida del demonio principió á gritar: *¡qué poderosos sois, siervos de Jesucristo! ¿Quién podrá resistir á vuestra virtud? Os cedemos el lugar:* y concluidas estas palabras cayó en tierra. En vista de esto acercándose los tres confesores la alzaron y la restituyeron una salud completa. Viendo este prodigio todos los moradores de la isla con el padre y la hija se convirtieron y recibieron el bautismo: cuya

(1) Theodor. lib. 4. hist. cap. 21.

noticia al instante que se esparció en Alejandria, corrió tumultuariamente el pueblo á quejarse á Lucio, manifestándole de una manera tan viva el temor que tenian de que el brazo divino descargase su cólera sobre la ciudad, si no dejaba de perseguir á los tres amigos de Dios, que temiendo el falso patriarca una sedicion, mandó secretamente que se les dejase volver á sus retiros.

Nada era mas justo ni mas bien fundado que la veneracion de los pueblos á estos ilustres solitarios. Habia sido educado Isidoro en el monte de Nitria, soledad respetada entre todas las de Egipto, y lejana doce ó trece leguas de Alejandria. Vivian allí cinco mil ascetas siguiendo cada uno varios impulsos del Espíritu de Dios; estaban divididos en cincuenta casas, unos solos, otros de dos en dos, ó muchos reunidos. San Isidoro distinguido en esta multitud de Santos fue ensalzado al Sacerdocio, y encargado del gobierno de un hospicio ú hospital muy célebre en Alejandria.

De los dos Macarios, el Egipcio llamado tambien el antiguo, fue el primero que moró en el desierto de Sceta, mostrando tanta prudencia desde sus primeros años, que le llamaban el jóven viejo, y á los cuarenta años tenia el don de milagros; los mas señalados que hizo fue el haber resucitado tres muertos. Fue elevado al Sacerdocio como Macario de Alejandria, que habitaba unas veces en Nitria, y otras en Sceta, que distaba un dia de camino de Nitria. Se le ordenó para el monasterio de las celdas, distante solas tres leguas del monte de Nitria. Tomó la so-

edad de las celdas su nombre del inmenso número de celdas que habia repartidas en toda la region. Ocupaban un vasto espacio á causa de estar apartadas unas de otras, para que no pudiesen ser vistos ni oídos. Habia en medio una Iglesia comun donde se reunian los sábados y domingos.

Es célebre en especial San Macario el jóven, por la austeridad de su vida. En el discurso de siete años no comió cosa alguna que hubiese pasado por el fuego, y en otros tres años continuos solo comió cuatro ó cinco onzas de pan mojado en agua. Hablando un dia de racimos de ubas, le enviaron algunos muy hermosos; pero el Santo los mandó llevar á uno de los hermanos que estaba enfermo; éste por el mismo espíritu de mortificacion los envió á otro; éste al cuarto, y de esta manera hasta el último, que los volvió á Macario sin saber que salieron de su mano (1). Para acostumbrarse á vencer el sueño, pasó veinte dias y veinte noches á la inclemencia, espuesto á los rayos abrasadores del sol, y al rigor del invierno, mayormente por la noche que es mas insoportable por el contraste con los calores del dia. Cuaresmas enteras pasó sin tomar mas alimento que algunas hojas de berza el domingo. Todos los cuarenta dias permanecia de pie, sin acostarse un solo instante ni variar de sitio, orando ó trabajando sin la menor interrupcion en la misma postura.

103. Habia otro solitario nombrado Moisés hácia los confines del Egipto y de la Palestina, cuya gran

(1) *Pallad. cap. 69.*

reputacion llegó á oídos de la Princesa Mauvia, Reina árabe, bastante poderosa para inquietar á Valente en las fronteras. Hizo la paz con los Romanos, y estipuló como una de las mejores condiciones, que se elegiria por Obispo de sus súbditos al solitario Moisés, sarraceno de nacimiento. Era ya esta Reina Cristiana, y su nacion tenia algunos principios de la misma Religion: pero queria instruirla mejor. Gozóse el Emperador de salir con tanta facilidad de paso tan péximo, y ordenó conducir inmediatamente á Moisés á Alejandria para ser consagrado allí (1). Se le presentó al Obispo Arriano Lucio; „deteneos, le dijo en presencia de los Magistrados y del pueblo junto, no soy digno del ministerio á que se me eleva; pero si se quiere que lo admita aunque indigno, tomo por testigos al cielo y á la tierra de que no recibiré la imposicion de unas manos manchadas con las profanaciones de la heregía, y con la sangre de tantos Santos. Respondió Lucio: me juzgais temerariamente, é ignorais cual es mi fe. Los Obispos, repuso Moisés, los Sacerdotes y los Diáconos atormentados de mil maneras deponen demasiado contra vos; los hechos son mejores pruebas que las palabras.”

No respiraba Lucio sino venganza, pero no habia medio alguno para verificarla; y así fue preciso conducir al santo hombre á los Obispos ortodoxos refugiados en los montes. Fue ordenado allí, y luego marchó á juntarse con sus sarracenos, entre los cuales halló pocos que fuesen verdadera y sólidamente Cris-

(1) *Ruf. lib. 11. cap. 6.*

tianos; pero con su perseverancia en instruirlos, y con un gran número de milagros, los hizo unos fieles dignos de la emulacion de los Cristianos mas cultos. Tuvo sucesores con el titulo ya de Obispos de los sarracenos, ya de los campos ó de las tiendas: porque estos pueblos errantes de provincia en provincia, moraban ordinariamente en tiendas.

104. Poseían las Galias por el propio tiempo un Pastor aun mas maravilloso, en la persona del gran San Martin, al que una veneracion acorde habia elevado á la Silla de Tours. Desde su monasterio de Liguéy, el mas antiguo que sepamos haberse edificado en las Galias, pudiendo en él mas la caridad, su virtud dominante, que el amor de la soledad, habia hecho muchas escursiones apostólicas para sacar de su ceguedad á los moradores de los campos aun idólatras en grande número. De esta suerte habia dado á conocer su celo y sus divinos talentos: y se contaban ya en el número de sus milagros dos muertos que habia resucitado. El Episcopado no mudó cosa alguna de su método de vida, ni aun en la pobreza de sus vestidos: pero lejos de envilecer con esto la dignidad la hizo mas venerada, creciendo sus trabajos sin disminuir sus austeridades ni su abnegacion. Su exterior de poca recomendacion, la sencillez de sus modales, su cabello en extremo desaliñado, consideraciones importantes á juicio del siglo, y que algunos Prelados de una piedad regular, no se habian corrido de oponer á su eleccion, solo sirvieron para mostrar mas patentemente que la santidad y el verdadero

talento, cuando se poseen en supremo grado, bastan siempre para condecorar á un Pastor.

Fundó un nuevo monasterio para tener cerca un lugar fijo de recogimiento, que en algun modo substituyese á su amada soledad de Liguéy, entre el Loira y un monte escarpado, en un sitio tan fragoso entonces que se miraba como un desierto, aunque distaba solo media legua de la ciudad. Hubo allí hasta ochenta monges; cada uno tenia su celda apartada de la del otro, construidas la mayor parte en la montaña. Tales fueron los principios del insigne monasterio de San Martin, llamado despues Marmontier ó monasterio mayor, de donde las Iglesias mas distinguidas se tenian por felices en sacar sus Obispos. Fuera de la abstinencia y austeridades de los religiosos mas fervorosos, lo mas notable de la regla de estos cenobitas es, que por un desprendimiento propio de su profesion no se les consentia vender ni comprar, como los demás tenian costumbre de hacerlo. Unicamente se egercitaban en copiar libros, y aun en esto solo se ocupaban los jóvenes; porque se juzgaba este trabajo preciso á la mayor viveza de su imaginacion. Vacaban únicamente los mas viejos á la contemplacion de las cosas celestiales; digna particularidad de observarse, y que debia inspirar alguna reserva á los censores, determinados á rebatir todos los usos que no cuadran con las reglas de su sistema, por mas análogos que puedan ser á las costumbres, á los tiempos y á los lugares.

105. Poco despues de su elevacion al Episcopado

se creyó Martin obligado á ir á la corte de Valentiniano, á pesar de su amor á la soledad, con motivo de ciertos negocios interesantes sin duda á la Religión: pero estos no se especifican. La Emperatriz Justina, propicia á los Arrianos, previno al Emperador contra el santo Obispo, cuya aversion estremada á estos hereges conocia. Vedó Valentiniano admitirle á su audiencia, la que en efecto se le negó: pero habiéndose puesto en oracion se le apareció un ángel, y le dijo que volviese con fiada al Emperador. Volvió á palacio, encontró todas las entradas libres, y penetró hasta donde se hallaba el Príncipe, el que sin embargo le manifestó al primer aspecto una indiferencia afectada y de vituperio: de manera que parecia poner un estudio particular en no hacer movimiento alguno que honrase al Santo: pero habiéndose incendiado de repente la silla donde se hallaba sentado, se levantó con espanto, y mudado con este prodigio corrió á abrazar al Obispo; condescendió generalmente con todos sus deseos, sin darle treguas para explicarlos; y entretanto permaneció allí le hizo comer muchas veces á su mesa; maravilla que sorprende poco en la vida de un Santo que fue no menos el Taumaturgo de su siglo, que la gloria de la Iglesia galicana.

106. No contaremos circunstanciadamente el número infinito de prodigios que el Todopoderoso obraba diariamente por su medio. Ahuyentaba los demonios de los cuerpos, sanaba los enfermos mas incurables, resucitaba los muertos, y hacia tantos milagros

que los escritos de los autores contemporáneos se hallan llenos de estos hechos que muchos habian visto con sus propios ojos, en especial Sulpicio Severo, que fue discípulo del Santo, y que viviendo este escribió una parte de ellos. Este hombre lleno de talentos, y aun de ambicion antes de convertirse, creyó que no podia estudiar mejor las reglas de la perfeccion evangélica, que en las lecciones y ejemplos del admirable Obispo de Tours, que observó con la mayor atencion (1).

Nos dice contra la preocupacion arraigada en su tiempo sobre la humilde sencillez del Santo, que en ninguna otra persona habia advertido no solo tanto mérito sobrenatural, sino tambien tanto espíritu, tanta erudicion, y aun tanta solidéz en la diction. Este Sulpicio Severo es diferente de San Sulpicio llamado el Severo y Obispo de Burdeos, con quien se le confundia antes. No era mas que Sacerdote, y gobernó dos Iglesias bastante distantes una de otra, en las que cada domingo iba á celebrar sucesivamente los santos misterios. Este es el primer ejemplo que se encuentra á lo menos en las Galias de la costumbre de celebrar habitualmente dos misas en un dia. Compuso tambien este escritor lleno de arte, de elegancia y amenidad, con el título de Historia sagrada, un compendio muy bien escrito de la historia del viejo Testamento y de la Iglesia, con tres diálogos, el primero sobre los solitarios de Oriente, y los otros dos sobre las virtudes y milagros de su san-

(1) *Sulp. Sev. vit. S. Mart. cap. 10. et seq.*

to maestro; materia que nunca creía poder agotar.

El don de milagros en aquel eminente grado que se admiraba en los primeros oradores del Evangelio, le concedió el cielo á este varon apostólico, cuyo destino era consumir la ruina de la idolatría entre los moradores de las aldeas mas apasionados al gentilismo, que de la voz *pagus*, aldea, se llamó paganismo; estos eran mas susceptibles de oír la voz de los milagros, que los racionios de los Doctores y los oráculos de los Profetas. Así pues desterró Martin la supersticion de sus asilos mas oscuros, y hasta de las regiones que oponian mas resistencia y parecian inaccesibles. En las que solo se encontraban muy pocos fieles, apenas dejó ningun idólatra, y estableció muchas Iglesias ú Oratorios á gloria de Jesucristo.

107. Mas si las reliquias del paganismo hacian á este hombre milagroso necesario en la Galia, los estragos del arrianismo en Italia, y en especial en la Iglesia de Milán, pedian un Pastor poderoso no menos en obras que en palabras. Largo tiempo habia que la dirigia un herege tanto mas sospechoso, cuanto mas aparentaba parecer ortodoxo. Engañó Ausencio al Emperador Valentiniano, jurando con un escandaloso descaro, que su doctrina era la misma que la de Nicéa: y la indolencia de este Príncipe en las cosas de la Religion le habian hecho creer al impostor sobre su palabra, á pesar de la contradiccion de sus procederes, y las reclamaciones de los Concilios. Se habia mantenido de esta manera aquel diestro se-

ductor, durante veinte años, en la posesion de una de las Sillas de mas importancia de la Iglesia: pero últimamente murió, dejándolo todo en el mas execrable desórden. Vejados los ortodoxos por espacio de tanto tiempo no podian ya sufrir la opresion, y los sectarios no querian ceder cosa alguna de su poder tiránico; de modo, que todos los ánimos se encontraban en la fermentacion mas violenta, y habia riesgo próximo de sediccion, y de los mas aciagos escesos. Tenia no obstante la provincia un escelente Gobernador, al cual se asegura que el Prefecto de Italia, al conferirle el gobierno le habló de esta manera: *id, Ambrosio, y obrad mas bien como Obispo, que como juez.* Cuando la sediccion se hallaba muy próxima á romper, corrió Ambrosio á la Iglesia para calmar al pueblo, y le exhortó con una elocuencia tierna, pero penetrante, á la union y moderacion tan precisas, para hacer la eleccion interesante de un Pastor. Es comun opinion que estando en esto, un niño gritó tres veces: *¡Ambrosio Obispo!* Y tomando los concurrentes la voz de la inocencia por órgano del cielo, reiteraron mucho tiempo: *¡Ambrosio Obispo, Ambrosio Obispo!* sin consentir que se les hablase de otro para esta dignidad.

No podia ser electo segun las disposiciones ordinarias de los cánones, por razon de que no era mas que catecúmeno; pero la voz pública acompañada de unas circunstancias tan extraordinarias pareció una señal nada equívoca de la eleccion del cielo. Escribióse al instante al Emperador que se hallaba en Tréveris,